

Palabras Para el Maestro

* * *

La costumbre de celebrar con una fecha especial del calendario determinada idea o determinada función tiene un objeto bien definido: hacernos reflexionar, siquiera durante un instante, sobre la trascendencia de aquello que es conmemorado. ¿Qué otra finalidad, si no, puede entrañar, como hoy ocurre, la existencia del Día del Maestro? A despecho de su prestigio secular, la actividad docente perdura a través del tiempo en la más silenciosa modestia, pero al igual que la gota que vence a la dura materia con su golpe pertinaz, los que enseñan libran una constante y empecinada batalla contra la ignorancia, ese terrible enemigo del bienestar de uno y de todos. Detengámonos, pues, un breve momento para evocar la grandeza de esta labor.

En una sociedad donde el héroe es visto como producto de la locura, porque el culto redivivo al becerro de oro, al dios del poder y el dominio económico, ha ganado el espíritu de las gentes, obedecer al llamado de una vocación que exige amor y sacrificio es simplemente ejemplar. Hay que pensar que quien cede al impulso de multiplicar el saber, de arrancar de las tinieblas a tantos como padecen en ellas por falta de conocimientos, es entregarse a una tarea cuya gloria nadie escribe en las páginas de ningún texto memorable. Decimos maestro y vemos una multitud de apóstoles que han brindado su más precioso atributo, la inteligencia, al menos ruidoso y utilitario de los quehaceres, puesto que, a la inversa, si decimos pobreza y dolor no tardamos en asociar ambos conceptos al del humilde pedagogo que en el aula escolar se desangra por enriquecer las almas futuras.

Y entre nosotros, donde el espejismo de las grandes edificaciones ha confundido la enseñanza con la vana monumentalidad, en olvido precisamente del maestro, que es quien en verdad es indispensable, elegir el camino de la docencia importa un doble riesgo: el de agostar los mejores años en una tarea que la sociedad desatiende fácilmente, con ingratitud mezquina, y el de sobrevivir en la miseria, sin el premio que toda existencia auténtica al culminar merece. En los poblados perdidos de la selva, en las villas serranas que la montaña aísla, en las ciudades de esas agrestes zonas y de la costa, ahí donde lata un poco de esperanza, hallaremos alguien que, ante un grupo grande o pequeño de niños muestra la patria y el mundo en su belleza y su valor, sin pedir por ello otra recompensa que un techo, un plato de comida y un traje para cubrirse. No quiere, el que ha escogido tan paciente obra, ser el señor de otro reino que de un puñado de corazones. Para él no habrá nunca lujos, diversiones, éxitos sensacionales, goces que permitan olvidar que la existencia es una aventura patética.

Y con qué avidez el humilde maestro aprende cada vez que se le presenta la ocasión de aprender. No es un principio egoísta el que lo lleva a buscar nuevas fuentes de saber, sino esa disposición generosa por la cual distribuye entre los demás aquello que le es propio. En la esencia del espíritu magisterial está, sin duda alguna, el desprendimiento, pues hay también una avaricia de la cultura, que consiste en acumular para sí, como un tesoro exclusivo, los dones de la ciencia, y él no la posee. Reparte, como en el milagro de los peces y los panes, la poca luz de la verdad que conquista en las horas de reposo, y ve crecer en torno a su persona los bienes que casi sin medios buscó y halló en los libros. Su día, sin embargo, no se recuerda con desfiles, bombardas y festividades públicas. Tal vez, una fugaz ceremonia en el aula o el patio escolar, donde un niño le dice que lo quieren todos, y luego, como cuotidianamente lo hace, la lección, que en sus labios es la fresca y sencilla flor que jamás se corrompe.

Sebastián Salazar Bondy